

El viaje como modo de pensamiento

Alejandro León Cannock (2010)

Sin duda, hay viajes y viajes.

Muchos son los motivos por los que uno toma sus cosas, apaga las luces, cierra tras de sí la puerta y emprende un viaje: placer, trabajo, descanso, reencuentro, exilio, turismo, etc. Sea cual sea el caso, en todos ellos encontramos un objetivo que expresa, a la vez, el porqué y el para qué del viaje. Trasladarse, moverse de un lugar a otro, atravesar cientos, miles de kilómetros se hace siempre por alguna razón que le otorga sentido y valor a dicha travesía. Dejar tu tierra en busca de nuevos horizontes no es un acontecimiento gratuito, normalmente podemos dar cuenta de los motivos que nos llevaron a hacerlo. Esta es la forma en que generalmente realizamos un viaje. Sin embargo, también es posible viajar sin destino y sin meta. Viajar simplemente por hacer del movimiento una experiencia, por lograr que transitar el mundo sea un fin en sí mismo. Viajar habiendo superado la ansiedad del niño que, en su afán por crecer aceleradamente, pregunta sin cansarse: "¿cuánto falta para llegar?". Calmados, podemos viajar sin pretender llegar, solamente con un vivo deseo de partir, de emprender la retirada. Huir.

Estos viajes, creo, son los que con mayor intensidad marcan a las personas. Personalmente, muy pocas veces he realizado un viaje de esta naturaleza. Tal vez dos o tres. No más. Una travesía que -querida así o no- carezca de finalidad, constituye una experiencia inolvidable, un hito en nuestra historia personal, un capítulo importante de nuestra biografía. Caminar por otras calles, calles más anchas o más angostas, en las que el rostro de la ciudad expresa un pasado diferente, una historia que no es la nuestra sino la de otros. Disfrutar del color de un cielo ajeno, que solo abstractamente es igual al propio, pues la mayor parte de las veces nos hace presenciar un espectáculo cuasi extraterrestre: mi cielo es mí mundo, los cielos ajenos manifiestan otros mundos. Díganme, quienes viven día a día bajo el manto multigrisáceo de nuestra ciudad, Lima, si el azul metálico de la bóveda de los Andes o si el rojo volcánico de un atardecer no son imágenes extraídas de un almanaque surrealista. Fuera de nuestra ciudad, el ángulo en el que los rayos solares penetran en la atmósfera es distinto, por ello, por la falta de costumbre, la piel de nuestro rostro es mucho más consciente al momento de recibir su impacto. Olores, temperaturas, texturas, lenguajes, jergas, creencias, valores, sabores, deseos, recuerdos, ideas, todo es diferente fuera de casa. De esta heterogeneidad emerge la inolvidable potencia de la experiencia. Hay que tomar las cosas con calma: inolvidable no quiere decir bueno o agradable. Que viajar sea una experiencia inolvidable no quiere decir necesariamente que sea una experiencia placentera o bella. Lo inolvidable es lo que marca y lo que deja huella es lo que no es parte de nuestra forma habitual de vincularnos con el mundo. Lo inolvidable es, entonces, lo heterogéneo, diferente, extraño, ajeno, lo que nos empuja a transformarnos, al menos por un instante, a asumir un rol frente al mundo que no es el que tradicionalmente nos ha correspondido.

Sin embargo, es cierto que inevitablemente miramos el mundo desde nuestra propia ventana, pues es imposible no concebir la realidad desde algún territorio en particular. Mi lugar, el mismo lugar. No obstante, viajar es justamente cambiar de ventana, movernos a una más ancha, a otra más angosta; a una en el segundo piso, o, quién sabe, tal vez subir hasta la azotea y mirar el mundo desde lo alto. En todos los niveles de nuestra existencia, desde lo más trivial hasta lo aparentemente más profundo, siempre la perspectiva varía: desde un café por la mañana respirando el aire fresco y seco que entra por la ventana del hotel en el que hemos pasado la noche acompañados por sonidos inusuales hasta una conversación larga y pausada con un lugareño sobre sus creencias religiosas. Cada individuo, cada cultura tienen sus propios anteojos. Sin embargo, si convenimos en que viajar es hacer la diferencia, entonces también podríamos aceptar que hacer la diferencia es descentrarse. Perder el centro, no querer tenerlo, olvidarlo deliberadamente es renegar de nosotros mismos, diluir nuestro rostro, perdernos en el fondo del paisaje, en la multitud de la plaza, en los relatos de historias ajenas. Desear descentrarse es emprender la batalla contra sí mismo.

Viajar nos descentra, evidentemente; pero no con la finalidad de re-centrarnos en otro lugar, de ofrecernos un nuevo par de gafas para mirar el mundo. No dejamos nuestra diferencia para simplemente adherirnos a otra. No cambiamos de perspectiva para asumir otra como la verdadera. Viajar no es buscar un nuevo hogar, es simplemente deslizarse fuera de cualquier hogar, no desear tenerlo. Es emprender un camino infinito, comprar solo un boleto de ida, y sin destino fijo. Descentrarnos no es hacer de nosotros un ser con una nueva perspectiva, pues esto no cambiaría nada, dejaría las cosas igual que antes. Si hacemos esto, entonces no hemos comprendido nada acerca de lo que es viajar. Con mayor radicalidad, descentrarnos es hacer de nosotros individuos que asumen y se entregan a la esencial pluralidad de mundos, a la multiplicidad de lo real. Descentrarse es devenir un ser perspectiva. La perspectiva indica una posición, una coordenada desde la que se observa el mundo. Pero no uno que está ahí afuera inmutable, objetivo, esperando ser descubierto y conocido por los exploradores. El ser perspectiva, en sentido estricto, crea su propio mundo, por ello, puedo afirmar que no hay mundo fuera de la perspectiva que se tenga de él. Visión de mundo y posición de mundo forman las dos caras de una misma moneda. Hay tantos mundos como perspectivas.

Nietzsche nos conminaba a asumir un pensamiento perspectivista. Pensaba que era la única manera de hacerle frente al primado de un pensamiento excesivamente preocupado por la verdad, es decir, preocupado por hallar la forma correcta, única y objetiva de ver el mundo. La Verdad del Mundo. De esta manera, el perspectivismo era su propuesta para luchar contra las diferentes expresiones de dogmatismo, intolerancia o fanatismo que siempre acababan aprisionando la vida. Era su forma de hacerle frente al poder. Nietzsche viajó mucho: Génova, Sils-María, Turín, Niza, etc. Me pregunto si su idea acerca del perspectivismo no será producto de su experiencia como viajero; me pregunto, finalmente, si viajar no será en definitiva una forma de hacer efectivo el perspectivismo. Viajar es multiplicar tus mundos.